

REFLEXIONES SOBRE EL PRD Y SU PARTICIPACIÓN EN LAS ELECCIONES INTERMEDIAS DE 2021

Reflections on the PRD and its participation in the
2021 midterm elections

René Torres-Ruiz¹

Fecha de recepción: 26 de abril de 2022
Fecha de aceptación: 15 de julio de 2022

RESUMEN: El presente artículo tiene por objeto establecer algunos antecedentes de lo que ha sido el Partido de la Revolución Democrática a lo largo de los años, narrando brevemente algunos de los episodios más significativos que ha protagonizado y la trascendencia de éstos en el proceso de cambio político experimentado en México en las últimas décadas, y describiendo su perfil originario y su viraje con el tiempo hacia un tipo distinto de partido. Esta contextualización permitirá comprender con mayor precisión la importancia y significado de la participación de este partido político en las elecciones federales intermedias de 2021, que serán analizadas en este texto, tratando de establecer el desempeño político-electoral del partido y sus perspectivas hacia el futuro cercano.

Palabras clave: PRD, elecciones 2021, democracia, partidos, México.

¹ Profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana, es doctor en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Barcelona, miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel II. Sus principales líneas de investigación son, Democracia y ciudadanía; Construcción de ciudadanía y derechos; Actores y movimientos sociales; Cambio político y participación y; Democracia, partidos políticos y sistema electoral. Contacto: rene.torres@ibero.mx

ABSTRACT: The purpose of this article is to establish some background of what the Party of the Democratic Revolution has been over the years, briefly narrating some of the most significant episodes it has starred in and the significance of these in the process of political change experienced in Mexico in recent decades, and describing its original profile and its shift over time towards a different type of party. This contextualization will allow us to understand with precision the importance and meaning of the participation of this political party in the 2021 midterm federal elections, which will be analyzed in this text, trying to establish the political-electoral performance of the party and its prospects for the near future.

Keywords: PRD, elections 2021, democracy, parties, Mexico.

I. INTRODUCCIÓN

El proceso de transición o de cambio político experimentado por México a finales del siglo XX consistió, básicamente, en dejar atrás el autoritarismo político electoral construido con base en un presidencialismo exacerbado, que se ubicaba en el vértice de la pirámide político-institucional; un partido de Estado, que ganaba todas las elecciones con el “carro completo”; y un férreo corporativismo, que anulaba o limitaba enormemente la participación social.

En ese proceso surgieron fuerzas políticas y sociales que empujaron de manera muy importante la apertura del sistema político, su democratización. Entre esos actores se encontraba el Partido de la Revolución Democrática (PRD) que, desde la izquierda política y social impulsó y apuntaló un cambio electoral que ayudó a pluralizar la vida política en el país, ampliando la representación popular. Este partido avanzó, poco a poco, como una fuerza política representativa de sectores sociales que antagonizaban, desde la izquierda, con el régimen priista.

Con el surgimiento del PRD y la consolidación del Partido Acción Nacional (PAN), partido de derechas, el sistema de partidos en México se convirtió, a partir de 1988, en un sistema con la presencia de tres grandes partidos y el acompañamiento de otras fuerzas políticas minoritarias. Todo este nuevo esquema político-partidario se mantuvo vigente durante 30 años, cambiando radicalmente en 2018, cuando un joven parti-

do, el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), acaparó el apoyo popular y ganó fácilmente los comicios presidenciales de aquel año.

En este largo periodo al que me refiero, el PRD creció electoralmente, ganando la jefatura de gobierno de la Ciudad de México en 1997 y gobernándola hasta el 2018, también obtuvo varias gubernaturas, diputaciones y senadurías federales; y algo muy importante, se posicionó como segunda fuerza política en dos elecciones presidenciales: 2006 y 2012. Esto le permitió convertirse en una importante fuerza política a nivel nacional. Pero en sus últimos años perdió impulso y muchas de sus bases de apoyo tradicionales lo fueron abandonando paulatinamente. En 2018 y 2021, ello se hizo evidente, después de que este partido, con tal de no perder el registro, conformara un par de alianzas electorales fallidas junto a los partidos frente a los cuales había sido un tenaz opositor.

El objetivo de este trabajo es aportar, casi telegráficamente, algunos antecedentes de la participación electoral histórica del PRD y de su perfil como partido político en sus comienzos y a lo largo del tiempo, para comprender y analizar con mayor precisión su participación y los resultados obtenidos en el proceso electoral de 2021. El presente es un estudio de caso, descriptivo y de actualidad, apoyándome para su desarrollo en material hemerográfico. También hago ciertas precisiones conceptuales, previa consulta de bibliografía especializada. Para alcanzar estos fines he dividido el texto en una introducción, un primer apartado destinado a dar los antecedentes del partido y los diferentes aspectos ideológicos que lo han definido, un segundo apartado donde consigno su participación en la coalición “Va por México” del año 2021 y, finalmente, una última sección en la que expongo los resultados electorales alcanzados por el PRD en 2021, analizando los efectos y perspectivas que se desprenden de estas elecciones para el futuro del partido. Cierro con unas conclusiones.

II. REFLEXIONES PRELIMINARES SOBRE EL PRD

El proceso transformador al que me he referido en las primeras líneas de este trabajo se aceleró con las elecciones de 1988. Ese año se logró a través de la vía electoral, de apelar a la legalidad, a las alianzas políticas, a la amplia movilización social, a la convocatoria al voto y a la partici-

pación, construir un fenómeno político opositor de grandes dimensiones: el izquierdista Frente Democrático Nacional (**FDN**), que postuló a la presidencia de la República al ex priista Cuauhtémoc Cárdenas. Para un importante sector de la población, así como para la clase política antagonista al régimen priista, quedó establecido que por el camino electoral la expansión opositora era posible. Los cimientos del sistema político priista se sacudieron y éste ya no pudo recomponerse del todo. El comienzo del fin del sistema de partido hegemónico se había desencadenado aquel 1988 y, doce años después, desembocó en la derrota del Partido Revolucionario Institucional (**PRI**) en los comicios presidenciales de 2000.

El **PRD**, que se fundó en mayo de 1989 por varios de los actores —tanto individuales como colectivos— que habían participado en el **FDN**, y Cuauhtémoc Cárdenas, fueron actores muy relevantes en ese ciclo político. No obstante, no supieron capitalizar, ni en 1994 ni en el 2000, sus aportaciones al proceso de democratización en beneficio de su propia institución, de su propuesta política y de aquellos ciudadanos que, con su voto y acciones, habían acompañado y apuntalado el proyecto partidista de izquierda desde sus orígenes.

El **PRD** fue fundamental en todo este importante y arduo proceso transformador, impulsando, junto con otras fuerzas políticas y sociales, ciertas reformas electorales que le cambiaron el rostro al régimen político; lo democratizaron. Fue un partido que nació después de enfrentar en 1988 unas elecciones de Estado en donde la clase política priista se rehusó a dejar el poder y cometió un fraude colosal, que, es cierto, también propició que la izquierda partidista, hasta ese momento marginada y muy poco competitiva electoralmente hablando, se organizara y naciera un partido como el **PRD** que, con el correr del tiempo, se convirtió en la tercera fuerza política a nivel nacional y, en algunas ocasiones, incluso, llegó a posicionarse como la segunda fuerza entre las simpatías de la ciudadanía (como ocurrió en los años de 1997, 2006 y 2012). La inesperada y venturosa aparición del **PRD** en el escenario político mexicano evitó que prosperara el sistema de partidos que, desde principios de los años ochenta, se perfilaba como bipartidista. Con la presencia del **PRD** el protagonismo del **PAN** y el **PRI** se vio complementado, surgiendo el

sistema de los tres grandes partidos en México que perduró hasta las elecciones de 2018.

Con el surgimiento de este partido la agenda de la izquierda institucional, o de una parte de ella, se posicionó y empezó a plantear temas e intereses que antes no eran vistos ni atendidos en los distintos órganos del Estado mexicano (como en las dos cámaras del Congreso de la Unión) y en gobiernos municipales, estatales, en congresos locales, etcétera. La emergencia del PRD en la vida política nacional transformó el sistema electoral y de partidos en México, pluralizó, en efecto, la competencia política en el país y se reconoció una mayor diversidad de la sociedad.

Durante sus primeros años el PRD fungió como una especie de gozne entre la lucha emprendida por varios movimientos sociales y el sistema político, o más precisamente, el Estado mexicano. El partido, al haberse nutrido desde sus comienzos por estos movimientos, luchas populares y organizaciones civiles y sociales tan variados, recuperó e impulsó muchas de sus tradiciones de lucha, reivindicaciones o reclamos. El PRD se convirtió así en el representante de intereses muy diversos provenientes de grupos sociales que durante mucho tiempo habían permanecido marginados o de plano en el olvido. Esta composición tan diversa se tradujo a lo interno en la presencia de diversas corrientes de pensamiento —también llamadas *tribus*— que complejizaron enormemente la convivencia y organización dentro del partido. En un inicio la diversidad de grupos y corrientes ideológicas que confluyeron en el PRD e hicieron de él un “partido de fusión” le dio cierta ventaja en su proceso de constitución, pero esa composición tan variada le acarreó, al mismo tiempo, una seria dificultad para su futura consolidación (Bruhn 1997, 165-166).

De modo que podríamos decir que desde sus inicios el PRD se preparó para contender por el poder a través de la vía electoral, sin alejarse —por lo menos en el primer tramo de su historia— de la lucha y la movilización popular, dada su herencia de la izquierda social. Ambos campos no eran vistos en aquellos primeros años como excluyentes, por el contrario, se reconoció que el partido debía convertirse en un “partido profesional electoral”, usando la definición de Panebianco (1995, 492), pero sin desvincularse de su base social. Inclusive desde su fundación el PRD se asumió como el conducto de expresión de los grupos sociales que

experimentaban en el país fuertes condiciones de exclusión, pobreza y marginación. En más de una ocasión sus movilizaciones de protesta se ocuparon de estas problemáticas.

De tal forma que en sus orígenes el PRD puede ser considerado, en efecto, como un *partido-movimiento*, no sólo porque las fuerzas políticas y sociales que lo crearon eran movimientos políticos y sociales, algunos de ellos con larga trayectoria y con claras reivindicaciones populares, sino también porque el nuevo partido recuperó, como ya lo señalé, muchas de estas tradiciones y prácticas de lucha y es claro que en sus primeros pasos las demandas históricas provenientes de estos grupos que contribuyeron a crearlo conformaron el eje articulador de su agenda y plataforma políticas. Resumidamente, el PRD, en su afán de constituirse en una izquierda alternativa, que resultara atractiva y viable, asumió dos retos importantísimos: ser oposición y al mismo tiempo ser gobierno. Para ello requería convertirse en un partido fuerte capaz de ganar elecciones y no perder su base social, por eso adoptó la forma de partido y de movimiento social a la vez, buscando el cambio desde abajo, pero empujándolo desde arriba (Bartra 2011, 104). Por tanto, podemos establecer que un *partido-movimiento* es “aquel que compite a través de elecciones para hacerse gobierno y ganar puestos de representación con el propósito de defender intereses y demandas populares; y mantiene, simultáneamente, una base social activa y movilizada que sirve para presionar a las estructuras de poder. Eso fue, al menos parcialmente, el PRD en sus primeros años” (“Autor” 2019, 191-192).

No obstante, con los años eso cambió. El PRD se fue volviendo un partido *catch all* (atrapa-todo) en términos de Kirchheimer (1980), alejándose de su base social tradicional, de su agenda temática y programática original y de su identidad ideológica primigenia. Años después —ya en tiempos del presidente Enrique Peña Nieto y del controvertido Pacto por México, aplaudido por unos, vilipendiado por otros— el PRD se convirtió además en algo muy parecido a lo que Katz y Mair (1995) denominaron *cartel party* (partido cartel). Según nos dice Wolinetz (2007, 41), este tipo de partido se define por su relación con el Estado, por su incapacidad de mantener fuertes vínculos de lealtad con su militancia, por su acentuada dependencia frente a los subsidios estatales para sobrevivir;

y, esencialmente, por conformarse con tener acceso al Estado y compartir el poder con otros partidos.

En eso terminó el PRD, siendo un partido electoralista y desvinculándose de las luchas y movimientos sociales. Como partido de izquierda dejó de alimentarse de esos actores y éstos se alejaron paulatinamente y renunciaron a nutrirlo, a retroalimentarlo. No olvidemos, siguiendo a Haber (2013, 41),

[...] que, a medida que los partidos de izquierda se mueven hacia el centro para ganar elecciones y continúan haciéndolo para gobernar, sus relaciones con los movimientos tienden a deteriorarse. Esto ha sucedido en México y en otras partes de América Latina donde la izquierda ha desarrollado partidos políticos competitivos en el camino de la transición y consolidación democrática.

El PRD ya no fue en los últimos tiempos (del año 2008 en adelante) una expresión dinámica y creíble de los sectores populares. Antes, la izquierda partidista —y más todavía con el nacimiento del PRD— era la encargada de generar puentes de unión, comunicación y articulación entre los movimientos y entre éstos y el sistema político. El PRD era, en muchos casos, una plataforma de participación, movilización y de presión frente a las malas o cuestionables decisiones de los gobiernos. Todo ello se desvaneció con el tiempo.

La cúpula perredista, encabezada por Jesús Ortega y Jesús Zambrano (la tribu de *Los Chuchos*), se preocupó desde 2008 sólo por conservar privilegios y canonjías mediante la competición en las elecciones, no por interpretar la sociedad y proponer soluciones a los complejísimos problemas que enfrenta. Tampoco se asumieron en el PRD como los articuladores de intereses sociales de izquierda y progresistas, ni como un espacio auténticamente ciudadano que diera la posibilidad de plantear, a través suyo, demandas y exigencias de los distintos grupos populares en los espacios donde se legisla, se discuten y diseñan políticas y programas públicos. La gente así lo percibió y ha terminado por darle la espalda a este partido. Una base electoral muy numerosa se ha retirado, quedando esto claramente de manifiesto en las elecciones legislativas intermedias de 2015, en los comicios presidenciales de 2018 y en las intermedias de 2021.

Debo señalar, por igual, que la corriente que tomó el control del partido desde el 2008, Nueva Izquierda (*Los Chuchos*), se dedicó más bien a llevar al partido a una indefinición ideológica y programática que finalmente terminó conduciendo al sol azteca (como también se le conoce al PRD) a pactar en 2012 con el gobierno de Peña Nieto al firmar el Pacto por México. Desde ese momento, el PRD se convirtió en una oposición servil y hasta útil al poder. Claramente el PRD se extravió, perdió la brújula del proyecto originario, se olvidó de las causas que le habían dado origen, se desentendió de los actores (movimientos y organizaciones sociales) que tradicionalmente lo habían acompañado y arropado en sus contiendas por alcanzar el poder presidencial y otros espacios de representación popular.

Además, no puede perderse de vista la ruptura del partido con Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en septiembre de 2012, y con su fundador, Cuauhtémoc Cárdenas en noviembre de 2014, que lo dejó, podríamos decir, huérfano de liderazgos y sin dos de sus militantes más notables. Ni más ni menos, que sus dos únicos e históricos candidatos presidenciales que le habían dado identidad y habían generado, a la par, fuertes lazos con amplios sectores populares, consolidando dos corrientes políticas de pensamiento muy influyentes: el *neocardenismo* y el *obradorismo*. El principal error del PRD en este caso no fue sólo la ruptura con esos liderazgos, porque eso puede ocurrir, las desavenencias y desacuerdos pueden presentarse y los actores que alguna vez compartieron camino pueden tomar la decisión de transitar por rutas distintas. No, lo más grave de todo fue que al romper con AMLO y Cárdenas no había sustitutos, es decir, no había quienes tomaran su lugar, porque el partido nunca se preocupó por crear nuevos cuadros y de ahí nuevos líderes. Sin duda, hay que permitir y fomentar que los liderazgos personales continúen, porque importan y aportan mucho a la vida de un país; lo que no quiere decir que no haya que apostarle al fortalecimiento de las estructuras partidistas y a los programas de acción de los partidos, a sus rutas y declaraciones ideológicas y de principios, al reforzamiento de sus bases sociales.

Este pragmatismo político del PRD del que venimos hablando se hizo patente con la integración en 2018 de la coalición “Por México al Frente”,

junto con el PAN y Movimiento Ciudadano (MC). Una coalición desdibujada, sin identidad ideológica y sin una plataforma política bien definida (*catch all*). Una coalición que se creó para darle cabida a la política del oportunismo, a una política pragmática que tuvo como propósito esencial obtener cargos de elección popular, salvar el registro y mantener prerrogativas y privilegios. El PRD en 2018 fue un simple acompañante, un escolta de otros partidos; ¿quién lo iba a decir?, del PAN, esencialmente. El partido histórico de la derecha fue el actor central en la coalición “Por México al Frente”, un partido que en los últimos treinta años marchó hombro con hombro con el PRI, para defender e imponer rigurosamente el sistema neoliberal que ha derruido los cimientos sociales del Estado mexicano, sumiendo en la pobreza y marginación a millones de personas. Con ese partido, y lo que representa, fue con el que terminó asociándose el PRD, traicionando así una larga historia de lucha.

Como bien ha señalado Bolívar Meza:

En el proceso electoral federal de 2018 en México, el PRD dejó de ser un partido competitivo que contendiera por los principales cargos de elección popular y con posibilidades reales de hacerse del poder, para convertirse en un *partido bisagra*, en que su participación se concretó a aportar un reducido número de votos a la coalición “Por México al Frente” (Bolívar Meza 2020, 40. *Las cursivas son mías*).

Esto es, como venimos señalando, en el 2018 el PRD experimentó un desdibujamiento ideológico y un extremo pragmatismo político, por eso se le puede denominar *partido bisagra*, término que se emplea para definir aquellos partidos “que giran o cambian sus posturas políticas e ideológicas y que también cambian de aliados. Es por ello que se le denomina así al partido que participa en coaliciones con fuerzas políticas de signo ideológico opuesto” (Bolívar Meza 2020, 43). Lo mismo podría decirse de la participación del PRD en el proceso electoral de 2021, como revisaremos más adelante.

Ahora bien, López Obrador en el 2018 fue candidato a la presidencia por la coalición “Juntos Haremos Historia”, formada por Morena, el Partido del Trabajo (PT), y, paradójicamente, por un partido abiertamente con-

fesional (ligado a la Iglesia evangélica) y ultraconservador, el Partido Encuentro Social (PES).

En 2018 había en el ambiente político un sentimiento *antisistema* que se disparó durante el último mandato presidencial entre un grupo numeroso de votantes (muchos independientes), que estaban hambrientos de que el *status quo* cambiara y que veían en López Obrador a esa alternativa de transformación. En medio de este ambiente, Morena, arrasó en los comicios. Obtuvo una victoria aplastante y dejó en bancarrota (o casi) a los partidos que habían sido desde 1988 los tres más votados y las piezas clave del tablero electoral mexicano. El PAN, el PRI y el PRD se quedaron en una situación alarmante que los obliga a repensarse y reconstituirse de cara al futuro inmediato.

El PAN alcanzó únicamente el 22% del respaldo popular en la elección presidencial de 2018, es decir, menos de la mitad de lo logrado por AMLO. El PRI quedó terriblemente debilitado, ubicándose como tercera fuerza política, muy atrás de Morena y el PAN. El viejo partido de Estado perdió la presidencia de la República con un raquíctico 16% de las preferencias ciudadanas, lo que representó su peor porcentaje de votos en la historia de este tipo de elección. Por otro lado, después de estos comicios el PRD está a punto de la extinción. El sol azteca, aunque logró conservar su registro a nivel nacional al conseguir el 5% en la votación para legisladores, lo perdió en 6 entidades. Asimismo, cabe resaltar que este partido perdió categóricamente los comicios en la Ciudad de México, entidad que había gobernado desde 1997 y que había constituido su gran bastión electoral.

A su vez, Morena ganó cómodamente la contienda presidencial, alcanzando el 53% de los votos, lo que le representó tener 30 puntos porcentuales sobre su más cercano perseguidor; pero además se constituyó en la primera fuerza en ambas cámaras del Congreso. Con estos números, el sistema de los tres grandes partidos se transformó de manera radical en los comicios de 2018. Morena obtuvo la victoria y se convirtió claramente en el partido con mayor fuerza política, en el partido que mayor número de sufragios obtuvo y que le dio el triunfo no solamente en la elección para presidente, sino que ganó, como ya decía, la mayoría en

las dos cámaras del Congreso de la Unión, rompiendo con la inercia de los gobiernos divididos que México venía experimentando desde 1997.

Ahora bien, el PRD después de su catastrófica derrota del 2018, continuó con sus problemas de identidad y carencia de liderazgos, presentando además una pobre o nula vinculación y articulación con actores sociales que en el pasado lo habían respaldado y acompañado. También mostrando un manejo clientelar respecto a los actores que aún lo apoyaban. Al inicio de su historia no fue necesariamente así, pero con el correr de los años estas prácticas de compra y coacción del voto, de intercambio de bienes y servicios por sufragios se incrementaron notablemente en la órbita perredista, poniendo en entredicho la disposición democrática de este partido. Si el PRD tiene la intención, efectivamente, de convertirse en un actor representativo y democrático entre amplios sectores ciudadanos deberá dejar esas prácticas a un lado e impulsar otras tácticas para ganarse el apoyo popular.

En paralelo a lo señalado hasta ahora, con la fundación de Morena, partido político creado por AMLO en 2014 después de que éste se desvinculara del PRD, se comenzó a registrar un amplio y continuo éxodo de bases militantes y de importantes liderazgos perredistas hacia Morena, hecho que ha debilitado de manera significativa al partido del sol azteca, dejándolo en la precariedad y a punto de la desaparición.

III. ELECCIONES 2021

De este modo, el PRD llegó sumamente debilitado, confundido y sin propuestas a las elecciones intermedias del 6 de junio de 2021. Un partido que, como ya he dicho, durante largo tiempo fue claramente de izquierda y caracterizado por una identidad, se presentó a la reyerta comicial, en efecto, como un *partido bisagra*: sin identidad, ni rumbo, supeditado a una coalición encabezada por sus dos viejos y acérrimos rivales ideológicos: PRI y PAN, que también enfrentaban una precaria situación; pero que, a pesar de todo, aún conservaban mejores estructuras territoriales y tenían mayor número de seguidores que el PRD.

De ese modo, en los comicios intermedios de 2021 se conformó la coalición “Va por México”, integrada por PRI, PAN y PRD y, hay que decirlo, arropada por un conjunto de organismos empresariales que se sentían afectados por la actual administración obradorista, o que, en efecto, sus intereses se han visto comprometidos porque el gobierno ya no los protege ni les otorga privilegios como ocurría en el pasado. El propósito central de esta contradictoria alianza entre posiciones de derecha, centro y una supuesta izquierda representada por el PRD, consistió en quitarle la mayoría en la Cámara de Diputados al partido en el gobierno, Morena, y hacer fuerza juntos, porque quizás yendo por separado tendrían menos posibilidades de competirle al grupo gobernante. Según los cálculos de estos tres partidos (antaño mayoritarios) se trataba de perder lo menos posible y conservar su registro.

No obstante, esta coalición enfrentaba un enorme problema: el gran descrédito que tenían entre el electorado los tres partidos que la conformaron, su mala imagen ante la ciudadanía. La idea de corrupción que se tenía de ellos, de excesos en el ejercicio del poder, de gobernar para unos cuantos, de emprender connivencias para conseguir beneficios y prebendas, privilegios, no ayudó en nada para que esta opción electoral avanzara significativamente en las preferencias ciudadanas, aunque ganó más de lo que pensaba, como veremos más adelante. Esta percepción negativa de la ciudadanía frente a los tres partidos representó un *hándicap* muy difícil de dejar atrás en 2021 y que, no debe olvidarse, significó para estos partidos ser contundentemente derrotados en 2018.

Aunque la problemática al interior de la coalición no era sólo lo que acabo de referir, sino también un profundo malestar de la militancia de estos partidos por los procedimientos utilizados para elegir las candidaturas a diputaciones federales. Estos mecanismos cupulares —lo han sido siempre—, que evaden a las bases, no las toman en cuenta. Además, bajo esos procedimientos fueron nombrados personajes del pasado que a la ciudadanía le recordaban los malos gobiernos. En el 2021 era increíble ver cómo durante las campañas electorales el PAN, PRI y PRD seguían apostando por las caras y biografías del pasado, por las mismas estrategias, por el mismo discurso, sin entender que esos aspectos, en efecto, fueron los causantes de su debacle electoral en 2018.

Otro elemento que caracterizó a la coalición PRI-PAN-PRD en los comicios del 6 de junio de 2021 fue que a pesar de reconocer sus malos gobiernos del pasado (algunos líderes lo decían abiertamente y otros *sottovoce*), de aceptar que le quedaron a deber a la ciudadanía en sus respectivas administraciones a lo largo del tiempo, los integrantes de esta coalición no se caracterizaron por tener propuestas alternativas de gobierno frente a lo que ha sucedido en los primeros dos años y medio del gobierno de la Cuarta Transformación (4T). La actual oposición no se distinguió por debatir y señalar de manera estructurada y sustentada los errores (que los había) del gobierno federal. Su campaña consistió, esencialmente, en descalificar al obradorismo y llamar al “voto útil” argumentando que México iba al precipicio, que la actual administración era un desastre, que el país se dirigía a un nuevo autoritarismo, a la cancelación de derechos y a la destrucción de instituciones, sin aclarar bien porqué, en qué consistían esas políticas y decisiones equivocadas y devastadoras del actual gobierno y qué se proponía en su lugar.

En fin, la oposición partidista llamó a votar por ella como la única opción para salvar al país de algo que no quedaba muy claro qué era, pero no le dijo a la ciudadanía qué ofrecía, cuáles eran las alternativas o cómo enmendaría (la oposición), de ganar, la precaria situación política, económica, institucional o de justicia que dejó tras su paso por el gobierno. Seguramente, PRI, PAN y PRD le apostaron a la desmemoria; pero parece que en estos tiempos la ciudadanía ya no olvida tan fácilmente.

La oposición no actuó como oposición, se dejó arrastrar por la furia más que por las propuestas. Fue incapaz de articular y plantear soluciones a los gravísimos problemas que hoy experimenta la sociedad mexicana. Como he sostenido en otra parte, “la oposición es importantísima para cualquier democracia, es expresión (o debe serlo) del conflicto y de las diferencias; pero debe tener la capacidad (y el ánimo), al igual que el gobierno, de tender puentes de diálogo y entendimiento” (“Autor” 2021, 140). Pero eso no es lo que está ocurriendo en el país, más bien lo que prevalece es la confrontación entre dos bandos con diferencias “irreconciliables”, mientras que la esencia de la democracia consiste en pensar que hay una base común que permite hablar de esas diferencias, negociar, acordar (Rosanvallon 2020). Al respecto, Pasquino (1998, 119) nos

recuerda: “la calidad de una democracia no depende sólo de la virtud de su gobierno o de la interacción del gobierno con la oposición, sino, de modo muy especial, de la capacidad de esta última”.

Tras sesenta días de campaña llegaron los comicios del 6 de junio. Unas elecciones inéditas no sólo por la cantidad de cargos de representación popular que estaban en disputa (20,415), sino porque la participación terminó rondando el 53%, que para comicios intermedios es una gran cantidad si la comparamos históricamente con las cifras de participación en este tipo de elecciones. Quizá una de las razones de esta alta participación, pese a la violencia que campea en el territorio nacional, fue la concurrencia de las elecciones como resultado de las reformas electorales que han apostado por unificar el calendario electoral, entre ellas el hecho de que se renovaban 15 gubernaturas y 30 congresos locales.

Se dijo que los números electorales no fueron del todo buenos para Morena, partido que encabezaba la coalición “Juntos Hacemos Historia”,² pero lo cierto es que ganó la mayoría en la Cámara de Diputados obteniendo un 34.2% por el principio de mayoría (más los sufragios obtenidos por el principio de representación proporcional), y junto con sus aliados, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM) y el PT, conservará en esa cámara la mayoría absoluta con el 54%. Es verdad que su margen de acción en el Congreso está más acotado que durante el primer tramo del sexenio, pero aún le alcanza, por ejemplo, para hacer ciertas reformas legislativas y sacar adelante el presupuesto de egresos. Ahora, tendrá que negociar con mayor énfasis con las fuerzas opositoras para hacer reformas constitucionales, porque no cuenta, aun con el apoyo de sus socios políticos, con la mayoría calificada, es decir, con las dos terceras partes de la Cámara de Diputados (334 de las 500 curules), pero de cualquier manera ya lo tenía que hacer durante la primera parte del mandato de López Obrador. Sin embargo, durante la LXV Legislatura, la coalición gobernante requerirá de 56 diputados para alcanzar los dos tercios de los legisladores para poder cambiar la Carta Magna.

² Esta coalición estuvo conformada por Morena, el PT y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM).

IV. RESULTADOS DE LA CONTIENDA

Veamos con detenimiento las cifras que arrojó la contienda intermedia. Morena tendrá 198 diputados, el PT 37, el Partido Encuentro Social (PES) 0 (perdió su registro), el PVEM 43, el PAN 114, PRI 70, PRD 15, y MC 23. Observando estos números es posible sostener que Acción Nacional, respecto a la anterior legislatura, aumentó 35 diputaciones, el PRI 22 y el PRD cuatro. MC, que decidió competir solo, perdió dos escaños de una legislatura a otra. De ese modo, los partidos opositores ganaron los diputados suficientes para impedir que Morena y sus aliados obtuviesen la mayoría calificada. Sumados los diputados que acompañan a Morena tendrán 278 curules, es decir, una holgada mayoría absoluta, el 54%. La coalición gobernante, como ya dije, tendrá que “negociar” 56 diputados para lograr la mayoría que le permita reformar la Constitución. Hay que señalar que las reglas electorales permiten que,

[...] un partido político podrá contar con un número de diputados por ambos principios que representen un porcentaje del total de la Cámara que exceda en ocho puntos a su porcentaje de votación nacional emitida. Esta base no se aplicará al partido político que, por sus triunfos en distritos uninominales, obtenga un porcentaje de curules del total de la Cámara, superior a la suma del porcentaje de su votación nacional emitida más el ocho por ciento [...] (art. 54 constitucional),

Lo anterior significa que un partido necesitaría el 42% de los votos para ganar el 50% de la Cámara. Esto no ocurrió en la elección del 2021.

Entonces, al repartirse las diputaciones plurinominales y las de mayoría, así quedó la Cámara de Diputados: 278 para Morena y sus aliados (PT y PVEM), 199 para la coalición del PRI-PAN-PRD y 23 diputaciones para MC. De modo que Morena deberá contar siempre con el respaldo del PT y el PVEM para impulsar o reformar leyes secundarias. Si Morena quiere además reformar la Constitución necesitará 56 votos del PRI, por ejemplo. Otra alternativa para sacar adelante reformas constitucionales será que el partido mayoritario busque el apoyo de los 23 diputados de MC y de unos 33 diputados priistas. Lo que quiero resaltar con esto es que

existen diversas maneras y combinaciones en que Morena podría obtener la mayoría calificada, pero que cualquiera de ellas requiere de negociaciones entre los partidos que integran la Legislatura. Ahora bien, si el bloque opositor (PRI-PAN-PRD) quiere realizar reformas a leyes secundarias, para lo cual se necesita la mayoría absoluta, será indispensable que convenza a toda la bancada de MC y a varios de los diputados verdes o del PT, lo que no se ve nada sencillo, porque estos dos últimos partidos van en alianza con Morena y, hasta el momento, no se perciben fisuras al interior de este grupo político. Así que el choque de fuerzas en la Cámara de Diputados será intenso y generará gran interés en la segunda parte del sexenio obradorista. La habilidad que cada una de las fuerzas políticas muestre para negociar y construir mayorías parlamentarias será, igualmente, muy interesante, y determinante, para el buen funcionamiento del poder legislativo.

Ahora bien, otro aspecto que puede resaltarse revisando las cifras de la contienda, es que la coalición gobernante salió muy bien librada de éste que representaba, quizá, el mayor desafío hasta ahora para la 4T. Ya dije que en estas elecciones de mitad de periodo no llegó a la mayoría calificada en la Cámara baja (nunca la tuvo en el pasado),³ para aprobar reformas constitucionales (en el sector energético, por ejemplo), pero sí alcanzó la mayoría absoluta. Esto en sí mismo fue un logro para AMLO, porque en las elecciones intermedias, según las estadísticas históricas, generalmente el partido gobernante pierde curules, como ocurrió, con excepción de Peña Nieto, con los antecesores de López Obrador (Zedillo, Fox y Calderón), que no consiguieron mantener la correlación de fuerzas en San Lázaro y, más bien, perdieron este importante enclave legislativo tan necesario para la gobernabilidad del país durante la segunda parte del sexenio.

³ En la LXIV Legislatura la distribución de curules en la Cámara de Diputados estaba de la siguiente manera en lo referente a la coalición gobernante: Morena 254, PT 48, PVEM 11; y PES 20. De manera que sumados los diputados de estos 4 partidos alcanzaban 333, uno menos de lo necesario para tener la mayoría calificada. ¿Por qué entonces la oposición dijo quitarle a Morena lo que nunca tuvo?

Además, de 15 gubernaturas que estaban en disputa, Morena y su coalición ganaron 11, lo que los lleva en la actualidad a gobernar 17 entidades, significando esto un gran avance territorial. Por su parte, el PAN gobierna 8 estados; el PRI, que perdió 8 gubernaturas, se queda únicamente con 4; MC gobierna 2; y el PVEM, 1. Desde luego, estos datos indican que al PRI no le fue muy bien. Hace sólo 6 años, en 2015, el otro rora partido hegemónico gobernaba al 60% de la población del país al contar con 19 gubernaturas. Después del 6 de junio de 2021 sólo gobierna 4 estados de la República (Estado de México, Oaxaca, Coahuila e Hidalgo). Cabe preguntarse: ¿en qué terminará la pérdida constante de poder y apoyo ciudadano para el Revolucionario Institucional? Al mismo tiempo, como han puntualizado Sonnleitner y Viqueira (2021): “el PRI está perdiendo su famoso ‘voto verde’, al no poder competir exitosamente con Morena en el México rural. Si quiere sobrevivir tendrá que avanzar más decididamente por el camino que ha emprendido entre 2018 y 2021: arraigar con fuerza en las franjas pobres y de clase media del México urbano”.

Otra mejora para los morenistas en esta contienda comicial se constata con su obtención de la mayoría en 19 de los 30 congresos locales que se renovaron en esta oportunidad, es decir, el partido gobernante tendrá el control político en 19 entidades a través de los congresos. Con estas cifras, indiscutidamente Morena sigue siendo la primera fuerza política del país.

Donde Morena sí sufrió un importante descalabro fue en la Ciudad de México, su buque insignia —políticamente hablando—, el bastión histórico de la izquierda y donde nace el obradorismo como movimiento nacional, cuando AMLO ocupó la jefatura de gobierno de la Ciudad de México entre los años 2000 y 2005. En esta entidad la ciudadanía castigó a la formación oficialista. Con toda seguridad el desgaste del ejercicio de gobierno, los errores y deficiencias de Morena en diferentes alcaldías, el alejamiento de sus bases electorales y la tragedia en la línea 12 del Metro fueron factores determinantes para estos resultados. También puede ser que las disputas al interior de Morena en el plano nacional hayan afectado, y que la propia derecha se esté reorganizando en esta región del país. Otra variable es que existe cierta decepción entre algunos sectores sociales con el gobierno de la 4T, tanto a nivel federal

como en la Ciudad de México. Sin duda, el partido en el gobierno, si quiere llegar bien dispuesto y preparado para el 2024, deberá tomarse el tiempo necesario para analizar el significado de los resultados electorales en la capital del país, que de ninguna manera pueden valorarse como positivos para los intereses morenistas.

Es verdad que en general los números conseguidos por Morena en esta elección son muy buenos, pero está muy lejos —como algunos parecen sugerir erróneamente⁴— de convertirse muy pronto en un partido hegemónico a la manera de lo que fue el PRI. Como bien nos lo recuerda Rosiles:

[...] hay una gran diferencia entre caracterizar a un sistema como de partido hegemónico —o incluso predominante, al estilo de lo que planteaba Sartori [2000]— y hablar, por ejemplo, de *partido con vocación mayoritaria* como lo pensaba Duverger [1996].

En el modelo hegemónico se permiten los partidos opositores en tanto no compitan realmente con el partido matriz, esto es, no está contemplada la posibilidad de una rotación en el poder. Desde luego fue el caso del régimen que giraba en torno del PRI, pero no del que encabeza Morena: hay una oposición ciertamente débil, pero de ninguna manera testimonial. Existe una gran diferencia entre el 93.5% de los votos obtenidos en 1976 por [el priista] José López Portillo en calidad de candidato único y el 53.2% de los sufragios logrados por López Obrador en 2018. Lo que es más, no se pierda de vista que en esta elección [2021] Morena apenas consiguió el 34% de los votos en la elección federal (Rosiles 2021. *Los corchetes y cursivas son míos*).

Así que, en efecto, parece más conveniente hablar de Morena como un partido con vocación mayoritaria y dos partidos grandes, el PAN y el PRI, o incluso un sistema de *pluralismo extremo*, si tomamos en cuenta que MC y el PVEM ganaron elecciones en gobiernos estatales, y el PT y PRD mantienen presencia en ciertas regiones del país. Dicho de otra manera, la

⁴ Véase la entrevista a Roger Bartra: “López Obrador es un populista de derechas de manual”, publicada en el periódico *El País* el 28 de marzo de 2021. Disponible en: <https://elpais.com/mexico/2021-03-28/roger-bartra-lopez-obrador-es-un-populista-de-derechas-de-manual.html> (Consulta: 23 de julio de 2021).

fuerza y presencia electoral que el PRI y el PAN han perdido gradualmente en los últimos años tiene un correlativo incremento de otros partidos. Y, aunque en estos momentos, Morena resulta ser la fuerza política mayoritaria en el sistema de partidos, también es cierto que muy pronto, casi con toda seguridad, volveremos a ver un sistema de partidos plural —sino es que ya lo es— como fiel retrato de la sociedad mexicana. Una sociedad ciertamente plural y caracterizada por una amplia diversidad política e ideológica, que muy difícilmente puede ser contenida y representada por un solo grupo político.

La coalición “Va por México” obtuvo entonces 199 lugares en la Cámara de Diputados, pero ahora lo importante será ver dentro de esa contradictoria alianza qué posición predominará en cuanto a tomar decisiones o establecer agendas legislativas. Hay —o históricamente hubo— fuertes contradicciones ideológicas y de principios respecto a cuestiones fundamentales entre estos tres partidos ahora coaligados. ¿Cómo las resolverán? ¿Qué fuerza política prevalecerá? ¿No habrá sido esta unión perjudicial para efectos de un buen desempeño y funcionamiento legislativo? ¿Fue un mero pragmatismo político lo que los llevó a pactar y a unirse en esta elección? Lo veremos. Pero los augurios no son del todo buenos, porque desde el inicio los tres partidos integrantes de esta coalición no tenían propuestas claras ni definidas. Ahora, la coalición PRI-PAN-PRD aumentó su número de escaños de 137 a 199. Habrá que ver si esos números se traducen en una oposición fuerte y consistente, que sea, en efecto, un contrapeso frente a Morena y, sobre todo, capaz de proponer nuevas iniciativas de ley que sean viables y tengan un impacto en beneficio de la población.

V. EFECTOS ELECTORALES PARA EL PRD Y SUS PERSPECTIVAS A FUTURO

Ahora bien, ¿qué ocurrió con el PRD y qué efectos tuvo para este partido haber integrado la coalición “Va por México”? Después de las elecciones del 6 de junio de 2021, el PRD se queda casi con las manos vacías, con números muy magros, a punto de la extinción. En la LXV Legislatura fe-

deral, al obtener en la elección para diputados el 3.6%, este partido sólo tendrá 15 diputados, y en el Senado cuenta con 3 senadores. En el plano local, en estos comicios el sol azteca perdió Michoacán, la única entidad que aún gobernaba. Lo único digno de destacar es que en la elección para renovar el congreso michoacano el PRD obtuvo, junto con sus aliados, 14 diputaciones de 40 en juego, pero eso no quiere decir que la mayoría le corresponde a este partido, ya que él en solitario únicamente alcanzó el 12% del respaldo ciudadano. Habrá que ver cómo funciona la coalición parlamentaria entre el PAN, PRI y PRD en esa entidad.

En añadidura, el PRD no controla ningún congreso local en el país y sólo gobierna, después de esta elección intermedia, en 48 municipios de los 2,469 que conforman el territorio nacional. Es decir, los números para el PRD son muy reducidos y han venido disminuyendo de manera sostenida. No olvidemos que todavía en 2018 el PRD gobernaba 4 entidades: Michoacán, Morelos, Tabasco y la Ciudad de México.

Para el PRD con la elección de 2021 en la Ciudad de México, después de que fuera su bastión electoral desde 1997, se confirmó lo ocurrido en 2018 cuando perdió la jefatura de gobierno y no alcanzó ningún triunfo de mayoría relativa para el congreso de la entidad, obteniendo sólo 5 legisladores por la vía plurinominal. Así, en esta elección de mitad de camino, el sol azteca se ubicó en la capital del país como la cuarta fuerza política, alcanzando el 5.3% de la votación en la entidad, muy atrás de Morena que ganó el 39% del respaldo popular, del PAN que obtuvo el 26%, y del PRI con el 15%. En esta ocasión, el PRD ganó 5 diputaciones (3 de mayoría y 2 plurinominales), el PAN 17 y el PRI 9, con lo que la coalición “Va por la Ciudad de México” tendrá 31 diputados, los mismos que el partido mayoritario, Morena, que también alcanzó 31. La clave en esta legislatura de la Ciudad de México recaerá en el PVEM, que obtuvo 2 diputados, mientras que, respectivamente, el PT y MC obtuvieron 1. Así que estos partidos tendrán que definir las votaciones en el pleno. En lo referente a las alcaldías Morena ganó 7 y perdió 9. De estas últimas la coalición PAN-PRI-PRD ganó 8 y el PAN 1 (Benito Juárez). Dos de esas 8 alcaldías ganadas por la coalición opositora serán gobernadas por militantes perredistas: Tlalpan y Cuauhtémoc.

Podría decirse que con el 3.6% que obtuvo el PRD en las elecciones federales de 2021, se quedó a nada de perder el registro (que se conserva con el 3%, según lo establece la legislación electoral federal). Si la tendencia de este partido continúa como hasta ahora, en 2024 puede perder el registro. ¿Por qué digo esto? Basta ver los números obtenidos por el PRD en el plano federal en las últimas 4 elecciones para diputados federales: en 2012 obtuvo 9,135,149 sufragios, es decir, el 18.35% de la votación; en 2015 disminuyó a 4,335,745 electores, lo que significó el 11.43% de los sufragios totales; en 2018 ganó 2,959,800 millones de votos, un 5.29%; y en 2021 escasamente alcanzó 1,792,700 millones de votos, equivalente al 3.6%. Lo que puede observarse con claridad desde el 2012 es una disminución progresiva del número de votos obtenidos por el PRD en la elección para diputados.

VI. CONSIDERACIONES FINALES

Después de revisar los acontecimientos aquí expuestos, puede decirse que la aparición del PRD en el escenario político nacional transformó el sistema electoral y de partidos en México, pluralizó, en efecto, la vida política del país y se reconoció con él (y lo que representaba) una mayor diversidad de la sociedad. El PRD se convirtió en el representante de intereses muy diversos de grupos sociales que durante mucho tiempo permanecieron marginados.

No obstante, con los años eso cambió. El PRD se volvió un partido electoralista, alejándose de su agenda programática y de su identidad ideológica originales. Años después este pragmatismo político se hizo patente con la integración en 2018 de la coalición “Por México al Frente”, junto con el PAN y MC; y en 2021 con la coalición “Va por México”, conformada con el PRI y el PAN. Coaliciones desdibujadas, sin identidad ideológica, sin plataformas políticas, oportunistas políticamente hablando y con el objetivo único de salvar el registro partidista y mantener prerrogativas y privilegios.

Después de los comicios intermedios de 2021 el PRD no luce con muy buenas expectativas hacia el futuro. Si este partido quiere sobrevivir

en el 2024 deberá hacer algo verdaderamente importante para definir una ruta que le dé identidad y lo conduzca nuevamente por el camino de representar intereses de grupos vulnerables, excluidos, de defender causas de las minorías, por retomar luchas sociales frente al sistema económico neoliberal. Si el PRD no vuelve a ser, como alguna vez lo fue, un partido de izquierda y progresista seguramente tendrá que continuar con las alianzas políticas sin rumbo, sin sentido, sin claridad. En todo caso, sólo le servirán esas alianzas para mantener su registro. Si eso ocurre, el partido deberá aceptar, a la par, ser un actor secundario. Si el PRD no reconsidera y recompone el camino hacia la izquierda, si su apuesta política no se centra primordialmente en erigirse como una alternativa crítica y propositiva frente a las injusticias y disfunciones de los sistemas político y económico que hoy imperan, seguramente el electorado que aún conserva lo irá abandonando y, entonces sí, sólo le quedará la posibilidad de pactar y aliarse con el adversario como única vía para salvarse.

De este modo, podemos decir que el PRD, sin duda, enfrenta en la actualidad un nebuloso presente y un incierto futuro, a ciencia cierta, el peor momento de su historia. Después de haber sido, como ya lo dije, un actor determinante de la vida política de México, hoy se encuentra a punto de convertirse en un partido marginal (o ya lo es), sin posibilidades reales de contender en unos comicios con expectativas de éxito, corriendo el riesgo de llegar a ser un partido desfigurado, sin identidad. La izquierda que el PRD representaba se ha difuminado. Su discurso carece de fuerza, su ideología no está muy clara. Sólo parece responder al cortoplacismo. Su meta inmediata: el “botín electoral”. Por esta ruta, el PRD puede extinguirse muy pronto.

FUENTES CONSULTADAS

Bartra, Armando. *La utopía posible. México en vilo: de la crisis del autoritarismo a la crisis de la democracia (2000-2008)*. México: La Jornada Ediciones/Editorial Ítaca, 2011.

Bolívar Meza, Rosendo. “EL PRD como partido bisagra en la fallida coalición por México al frente”, en *Polis*, vol. 16, 2: 39-68, 2020.

Bruhn, Kathleen. *Taking on Goliath: The Emergence of a New Cardenista Party and the Struggle for Democracy in México*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 1997.

Duverger, Maurice. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

Haber, Paul L. “Las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en México”. En Jorge Cadena-Roa y Miguel Armando López Leyva (comps.), *El PRD: orígenes, itinerario, retos*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, 2013.

Katz, Richard S. and Peter Mair. “Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party”, en *Party Politics*, 1; 5. 1995.

Kirchheimer, Otto. “El camino hacia el partido de todo el mundo”. En Kurt Lenk y Franz Neumann (eds.), *Teoría y Sociología Críticas de los Partidos Políticos*. Barcelona: Anagrama, 1980.

Panebianco, Angelo. *Modelos de partido*. Madrid: Alianza Universidad, 1995.

Pasquino, Gianfranco. *La oposición*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.

Rosanvallon, Pierre. *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*. Buenos Aires: Manantial, 2020.

Rosiles Salas, Javier. “Las (acortadas) pretensiones hegemónicas de Morena” *Decisión*, 19 de junio de 2021. Disponible en: <https://politica.expansion.mx/voces/2021/06/19/morena-pretensiones-hegemonicas-columna-invitada>.

Sartori, Giovanni. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

Sonnleitner, Willibald y Juan Pedro Viqueira (2021). “Siete falacias electorales”. *Letras Libres*, 15 julio de 2021. Disponible en: <https://www.letraslibres.com/mexico/politica/siete-falacias-electorales>.

René Torres-Ruiz

Reflexiones sobre el PRD y su participación en las elecciones intermedias de 2021

Reflections on the PRD and its participation in the 2021 midterm elections

DOI:10.54505/somee.rmee.2023.7.29.a3

“Autor”. “Flujos y reflujos de la democracia en el México moderno”. En “Autor” (coords.). *Crisis política, autoritarismo y democracia en América Latina*. México: Siglo XXI Editores/CLACSO, 2021

“Autor”. *La senda democrática en México. Origen, desarrollo y declive del PRD, 1988-2018*. México: Gernika, 2019.

Wolinetz, Steven B. “Más allá del partido *catch-all*: enfoques para el estudio de los partidos en las democracias contemporáneas”. En José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan J. Linz (eds.). *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*. Madrid: Editorial Trotta, 2007.